

Cuba y USA: La guerra permanente

Desde el mismo instante en que el gobierno

**HEBERTO
PADILLA**

apoyo a los antiguos seguidores del depuesto general Fulgencio Batista, súbitamente exiliados en Miami, y a los miles de cubanos afectados por las nuevas leyes radicales, típicas de la social democracia y el marxismo soviético.

El enfrentamiento decisivo se produjo en 1961 con la invasión de Bahía de Cochinos, organizada y financiada por la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, que contó con el bronco respaldo del presidente Eisenhower y el vacilante apoyo de Kennedy. La invasión, compuesta por poco más de mil cubanos, se llevó a cabo en los momentos de mayor popularidad de la revolución y sus dirigentes, resultó un fracaso rotundo; además, puso en manos de Fidel Castro un poder casi absoluto en la dirección del país y una gigantesca simpatía internacional. Al fin podía Castro mostrar al mundo la identidad de sus enemigos y los métodos que empezaban a emplear para combatirlo. Cobraba así una extraordinaria actualidad la prédica antimperialista de José Martí, y aún más la guerra Hispanoamericana, que concluyó con un Tratado de París en que la España derrotada ponía sus últimas posesiones coloniales en manos de Estados Unidos de América.

«Para los pueblos de Cuba y Puerto Rico aquel tratado fue símbolo de la peor humillación; los ciudadanos de ambos países se convertían en



Para los pueblos de Cuba y Puerto Rico aquel tratado fue símbolo de la peor humillación; los ciudadanos de ambos países se convertían en parte del botín de guerra, se tornaban en subditos de una potencia ajena a su tradición y su cultura. A poco más de medio siglo de su derrota, España encontraba en Castro a un heredero que rompía lanzas a favor de sus tradiciones beligerantes frente al nuevo imperio; pocos advirtieron que el joven comandante trasladaba a tierras de América el debate ideológico que condujo a España a su guerra civil. Franco, que había vencido a "la otra mitad" de que hablara Larra, se alió al enemigo ideológico que actualizaba, no obstante, las viejas rencillas históricas del "98"; de modo que resultaba inevitable el enfrentamiento de los pueblos iberoamericanos a su enemigo y vecino. En tal sentido, Franco debió considerar las ideas políticas de Castro como un recurso más para recuperar las riquezas que obtuvo Estados Unidos al final de la guerra. Ya llegaría el tiempo de poner en su lugar las trampas ideológicas de la juventud; Castro, el dirigente más viejo del equipo revolucionario, sólo tenía treinta y tres años. Lo interesante es que aun después de muerto, el Caudillo continuase influyendo la política hacia Cuba de los sucesivos gobiernos españoles —el de Suárez, Calvo Sotelo y Felipe González.

En presencia de J. J. Armas Marcelo, tuve oportunidad de hablar en Madrid con Suárez durante más de una hora. El tema de Cuba, sus difíciles relaciones con Estados Unidos surgió espontáneamente. Nos contó lo que había dicho al presidente Cárter de que Cuba no podía separarse radicalmente de Estados Unidos, pero éstos no podían mantenerle una bota encima para ahogarla mediante el embargo y la hostilidad permanente.

Este espíritu de simpatía ha variado tímidamente en los últimos meses, cuando se advierte que las habituales concesiones a las políticas de Castro, están dañando la imagen de España. Los sucesos del pasado 5 de agosto en La Habana pusieron al desnudo el famoso secreto de las unanimidades aparentes. A pesar de los casi perfectos mecanismos de represión calcados del Stalinismo, de las Brigadas de Respuesta Rápida inspiradas en las tropas de choque del fascismo italiano, el pueblo habanero se echó a la calle a protestar. La revista "Contrapunto", que se edita en Miami, suele reflejar los puntos de vista del gobierno cubano. Significativamente, en sus números de agosto y septiembre publicó una información titulada «El levantamiento de La Habana». Su autor, Jesús Roca —«un testigo presencial de los hechos, que vive en Cuba», según la revista—, escribe que «en la madrugada del ocho de agosto, de 300 a 400 personas se concentraron en las inmediaciones de la Alameda de Paula. A las 6 a.m., alrededor de 20 personas asaltaron la instalación portuaria, apoderándose del remolcador Dos Ríos, que carecía de motor. Los asaltantes fueron detenidos». Como la

«Lo interesante es que aun después de muerto, el Caudillo continuase influyendo la política hacia Cuba de los sucesivos gobiernos españoles —el de Suárez, Calvo Sotelo y



información está dirigida especialmente a los lectores de Miami, Roca nos ofrece matices de ecuanimidad y buen trato de parte de la policía. Agrega: «Aproximadamente una hora después, alrededor de 100 personas se concentraron nuevamente en la Alameda, ocasión en que gritaron consignas contra el gobierno y exigieron que se les permitiera abordar naves para emigrar. La manifestación fue disuelta. Nadie fue detenido». Roca cuenta además, que «curiosamente los desórdenes» comenzaron no en el Malecón ni en La Punta sino en las calles Escobar, Galiano, Neptuno y San Lázaro, principalmente en los alrededores del Hotel Deauville... al parecer aprovechando que las fuerzas de la policía se encontraban en los sitios de mayor aglomeración. En las calles mencionadas se desencadenaron los actos de mayor vandalismo a los cuales se sumaron todo tipo de elementos. La situación resultó ser típica: personas lesionadas, vidrieras rotas, comercios saqueados, vehículos averiados, detenidos, y luego la respuesta. Aparecieron trabajadores de empresas y oficinas de la zona... se movilizaron los vecinos (léase las Brigadas de Respuesta Rápida)... y La Habana se levanta. Hay confusión en La Habana y júbilo en Miami. Por fin la política norteamericana de estrangular a Cuba y provocar por vía de la desesperación un baño de sangre parece que va a rendir frutos... Entonces apareció Fidel Castro, que se puso al frente del levantamiento, no para agitar, sino para llamar a la calma». El resto tiene las ínfulas de un mal poema: «La Habana se levantó no en armas, sino en alma—exclama el cronista—. Sacó fuerzas de sus carencias y de sus ruinas, se sobrepuso a sus angustias, pospuso momentáneamente sus quejas y cerró filas contra la barbarie y el vandalismo».

Por supuesto, Fidel Castro empleó soluciones menos patéticas y efectivas: dio órdenes de regalar a Estados Unidos un éxodo masivo de cubanos que les permitiera recibirlos como héroes. En pocas horas eran miles los que se lanzaban al Estrecho de la Florida: pronto fueron miles los que lograban alcanzar las costas norteamericanas (aún se ignora la cifra oficial de los ahogados); pero en Miami cundió la alarma entre los funcionarios estatales que temían que otros miles repitieran la misma explosión demográfica de hace catorce años, cuando 125.000 cubanos llegaron al sur de la Florida en menos de un mes. El gobernador Lawton Child corrió a Was-hintong en compañía del presidente de la Fundación Nacional Cubanoamericana, Jorge Más Canosa, para explicar al presidente Clinton que su reelección como gobernador estaba en peligro si no se contenía la avalancha de «balseros».

Con el argumento de que «Castro no puede dictar la política migratoria de Estados Unidos», Clinton hizo dos concesiones fundamentales: convertir en delincuentes a sus antiguos héroes y hacer más desesperante la situación del pueblo cubano, que a partir

«Hasta la generación de Fidel Castro persistía el recuerdo de la humillación del «98», cuando la independencia de Cuba fue un mero trámite burocrático entre la derrotada España y el pujante imperio



de ese momento no podría recibir ayuda económica de sus familiares en Estados Unidos, y suprimir los vuelos a Cuba. Con esto complacía al gobernador demócrata que probablemente sea derrotado por el hijo del ex presidente Bush, y a Jorge Más Canosa, exiliado desde hace treinta y cuatro años y un paladín del embargo que no ha logrado deponer a Castro, aunque tal vez lo considere el mejor modo de castigar al pueblo que un día lo apoyó. Esta gente dice que la medida de encerrar en varios campos de concentración a los antiguos héroes, ha sido un triunfo del presidente Clinton; pero Castro no ve con malos ojos que el pueblo que huye de su régimen encuentre el rechazo en el país de sus enemigos; es más, espera pequeñas y hasta grandes rebeliones contra los carceleros del campo de concentración de la base militar de Guantánamo, impuesta a Cuba como consecuencia de la derrota española en 1898.

A cuatro años de que se cumpla el primer centenario del dramático acontecimiento, los cubanos vuelven a experimentar en carne propia la deshonrosa alianza con la gran potencia vecina. Hasta la generación de Fidel Castro persistía el recuerdo de la humillación del «98», cuando la independencia de Cuba fue un mero trámite burocrático entre la derrotada España y el pujante imperio norteamericano. Para esa generación, para la mía incluso, fue aquella una verdadera tragedia de nuestra identidad; pero este pasado, o este resentimiento histórico, no lo ha sentido la joven generación de los «balseros». Para ellos todo esto forma parte de la retórica oficial. A España la consideran cómplice del Régimen de Castro y ni siquiera se preguntan por qué. Lo que dicen casi todos es que los españoles patrocinan una industria turística que los rechaza. Finalmente, estos «balseros» son como prolegómenos entusiastas de una cubanía sin historia.

Según sondeos de opinión, parece que un setenta y pico por ciento de norteamericanos aprueba la política de Clinton. Prefieren pagar los gastos de los balseros en la base de Guantánamo o Panamá que verlos desfilar por las calles de Miami como hace 14 años. Hay en esto otro mensaje: si no te gusta Castro, quítatelo de encima.

Los cubanos no parecen dispuestos a realizar este esfuerzo. No quieren quitarse nada de encima, sino huir. La épica de la revolución cubana solía llenar las plazas de todo el país; su fracaso no convoca a nadie. Las épicas son siempre de afirmación, no de rechazo.

Lo cierto es que nunca antes había vivido Cuba momentos más críticos y, en lo que se refiere a sus relaciones con Estados Unidos, son ahora más humillantes que en el «98». Por obra y gracia de Fidel Castro, hoy casi treinta mil cubanos viven hacinados en campos de concentración «por tiempo indefinido». La percepción que estos seres tienen hoy de la justicia norteamericana los ha marcado para siempre. No existen por sí mismos; son parte de la política de Castro y, por lo mismo, de la política norteamericana que hace treinta y cinco

«Por obra y gracia de Fidel Castro, hoy casi treinta mil cubanos viven hacinados en campos de concentración "por tiempo



años forcejea con Castro. Y si éste perece, la nación cubana se hundiría con él, porque cualquier guerra civil conduciría a una intervención norteamericana y la isla terminaría en un protectorado, bendecido sin duda por muchos cubanos-norteamericanos que acudirían a colaborar con la supuesta salvación nacional. Por el momento, lo que sí es posible asegurar es que en los campamentos de Guantánamo estallará la violencia en cualquier momento y los guardianes norteamericanos tendrán que responder con violencia; a menos que el gobierno de Clinton encuentre soluciones humanas para un conflicto que Estados Unidos se empeña en mantener. Sería muy lamentable que la insistencia en reforzar el embargo y asfixiar al pueblo para que se rebele sea el deseo de castigar los esfuerzos de independencia de un país desde hace treinta y cinco años, aunque hayan sido los más peligrosos y disparatados. Estudiar estos desafíos nacionalistas es obligación de las grandes potencias. Tampoco es comprensible la idea de que la comunidad ultraconser vadora de cubanos en Estados Unidos ejerza presiones decisivas que impidan el diálogo entre los dos países. ¿No están las ciudades norteamericanas llenas de inválidos de la guerra de Vietnam y ello no ha impedido el diálogo y el intercambio sosegado de ideas entre los dos países? ¿No es China comunista una férrea dictadura a quien Estados Unidos ha reiterado el trato de nación más favorecida como lo fue hasta hace poco la no menos sangrienta tiranía de Ceaucescu?

Toda política de confrontación deforma la naturaleza de los mejores objetivos. Hoy la democrática Norteamérica ha recurrido a los campos de concentración para complacer a las intolerancias nacionales. Y tanto Castro como Clinton actúan como si las soluciones urgentes de los problemas se redujeran a un intercambio de represiones, Castro redoblando otra vez la vigilancia contra los que buscan la libertad y Clinton condenándolos a un «tiempo indefinido» de cautiverio. Como si la guerra fría continuara moviéndose en las cálidas aguas del Estrecho de la Florida.

No podemos ignorar que hay indicios positivos en las declaraciones del secretario de relaciones exteriores, Warren Christopher en el sentido de que cualquier señal de democratización en Cuba tendría respuestas cuidadosamente atendidas por su gobierno, y el hecho de que Castro haya aceptado la presión española para que el canciller Robaina se entrevistara con algunos representantes cubanos de la oposición «moderada» nos hace pensar que estaría dispuesto a otras de mayor calado. En el próximo encuentro entre los representantes de ambos gobiernos que conducen el diálogo sobre emigración, hay sin duda una incógnita que en las próximas semanas tendrá que ser despejada.

«Sería muy lamentable que la insistencia en reforzar el embargo y asfixiar al pueblo para que se rebele sea el deseo de castigar los esfuerzos de independencia de un país desde hace treinta y cinco años.»

